

Retratos serbios (Pašić, Paču, Prodanović, Draković, Novaković)

**León Trotsky
5 de octubre de 1912**

(Versión al castellano desde “Portraits serbes (Pašić, Paču, Prodanović, Drašković, Novaković)”, en L. Trotsky, *Les guerres balkaniques. 1912-1913*, Éditions science marxiste, París, 2002, páginas 104-109 y 466-469 para las notas. Publicado en *Den'* número 4, 5 de octubre de 1912.)

Aunque las personalidades no hacen la historia, la historia se hace a través de las personalidades. Así que creo que no está de más trazar un retrato de algunas figuras representativas de este periodo de la historia serbia antes de que abandonen el escenario.

Nikola Pašić, ingeniero, fundador y líder del Partido Radical, condenado a muerte en 1883, emigrado al extranjero durante seis años y, finalmente, encarcelado en las prisiones de Belgrado en 1899 (aún hoy en uso), es hoy primer ministro. Es la figura serbia más experimentada: el propio rey no es más que una marioneta en sus manos y en las de sus más estrechos colaboradores, Lazar Paču y Stojan Protić. Pašić habla alemán, ruso y francés con dificultad, y se dice que tampoco se desenvuelve muy bien en serbio. Expone sus ideas con brusquedad y le cuesta encadenar las palabras, por lo que parece un simplón en la conversación. Sin embargo, si realmente se presta atención a lo que dice, se da uno cuenta de que es preciso y de que encaja perfectamente con lo que está diciendo.

A Pašić se le puede reprochar su falta de talento, de agudeza intelectual y de conocimientos teóricos generales, y en esto es sin duda inferior a Paču y Protić. Y, sin embargo, es el más *clarividente* de los tres. Al menos, ese es a grandes rasgos el retrato que me hizo otro serbio *clarividente*, Dragiša Lapčević. Hace mucho tiempo, en la década de 1960, Pašić, entonces estudiante en Ginebra, se unió al movimiento de Bakunin, mientras que Lazar Paču, actual ministro de finanzas, se puso del lado de Marx. Esta elección por sí sola muestra claramente la diferencia de temperamento entre ambos hombres. A un joven intelectual serbio que no había roto con su *zadruga*¹, sus estrechos lazos con la tierra, y que buscaba ideas extremistas, el *pensamiento* de Bakunin (la federación de comunas libres) le era sin duda más cercano a la verdad, más natural y realista, a pesar de las ensoñaciones de su autor. En cambio, la concepción marxista exigía, en la Serbia de la época, una mayor capacidad de abstracción de la realidad material y presuponía una relación menos orgánica con la masa popular. Mucha agua ha pasado bajo los puentes desde los años sesenta, tanto los del Sava como los del Danubio. Y Nikola Pašić ha vivido muchas experiencias.

El amigo y el pupilo de Svetozar Marković² (el Dobroljubov serbio), el organizador del partido radical, el conspirador, el enemigo de los Obrenović, agentes de Austria, fue llevado al poder por el golpe de estado de 1903³. No se trataba de una mera revuelta palaciega. Los oficiales actuaron únicamente en nombre de la indignación de los miembros más evolucionados y educados del país. En marzo de 1903, en Belgrado, hubo una manifestación de obreros y estudiantes. Los oficiales se negaron a dispersarla, a pesar de las órdenes de palacio. Esta histórica manifestación asestó el golpe mortal al despotismo burocrático de la familia Obrenović, incluso antes de que los conspiradores uniformados hubieran convertido a Alexander y Draga en cadáveres despedazados.

Todo esto forma parte de la experiencia de Nikola Pašić, actual ministro de asuntos exteriores y jefe de gobierno. Recuerda bien cómo se crearon y depusieron las dinastías balcánicas. Ni que decir tiene que, en el transcurso de su largo y tortuoso viaje por la vida,

Pašić, como muchos otros, perdió el entusiasmo por las ideas de Bakunin. El hombre del pueblo adoptó un lenguaje lleno de circunloquios y ambigüedades diplomáticas. Probablemente utiliza esta confusa elocuencia precisamente para evitar formular sus opiniones con claridad y precisión. Es un escéptico cansino, el Fabius Cunctator de la política.

- ¿Es inevitable la guerra?
- Creo que la paz aún es posible.
- ¿Qué opina de la política rusa?
- Rusia nos ha pedido, con más insistencia que nadie, que mantengamos la paz.
- ¿Y Alemania?
- Apreciamos la política alemana. Quiere que la guerra se localice, lo que significa que las grandes potencias no tienen que intervenir.
- ¿Y Austria?
- No hablemos de Austria, ¿de acuerdo?

No son palabras vagas de un jefe de gobierno que tiene que sopesar sus palabras. En realidad, no, porque Pašić cree menos aun que la mayoría en la guerra y no la quiere.

El *clarividente* anciano de la barba en forma de abanico ve claramente las terribles dificultades que se avecinan en el camino hacia la emancipación de la nación serbia. Ya está demasiado cansado del largo camino recorrido como para querer ir a la guerra, una guerra que vuelve a estar a la orden del día. Lo más que podemos esperar es que se deje llevar a la guerra, aunque, por supuesto, no sería completamente contra su voluntad.

- ¡Europa nos trata como a marroquíes!⁴ dice Lazar Paču. Decide nuestro destino, y encima a nuestras espaldas. No somos marroquíes. Haremos que tomen nota de ello.

- Quieren hacernos jurar lealtad al artículo 23 del Tratado de Berlín. Un artículo de hace treinta y cuatro años. ¿No hay nada mejor que hacer?

- Nos dijeron: doce millones de bayonetas guardan el *statu quo* en los Balcanes. ¿Dónde estaba el *statu quo* cuando Austria se anexionó Bosnia? ¿Y cuándo Italia se apoderó de Trípoli⁵?

- ¿Le gustaría visitar el teatro de operaciones? Toda Turquía es uno de ellos.

El tono vigoroso y decidido de Lazar Paču contrasta con los circunloquios contemporizadores de Pašić. En realidad, se trata sólo de dos temperamentos diferentes. Habiéndose formado en el mismo crisol histórico, no son más que variantes individuales de un mismo origen político. Conspiradores románticos cuyo romanticismo nacionalista había servido de plataforma a las necesidades de autodeterminación de los pueblos europeizados, fueron llevados al poder por el curso de los acontecimientos. Esto fue posible precisamente porque combinaron la tradición de la tribuna revolucionaria con la responsabilidad del estadista del orden burgués.

Ya en la época de Obrenović, los Jóvenes Radicales se habían escindido de los padres del partido, acusándoles de indecisión y complacencia hacia la vieja dinastía. Cuando los padres llegaron al poder y permitieron que la voluntad del pueblo se expresara en el parlamento, a base de censura, por supuesto, el ardor democrático de los Jóvenes Radicales se encontró sin ningún fundamento social. Los obreros urbanos y, en los últimos años, los semiproletarios del campo siguieron a los socialdemócratas. Los campesinos ricos, los sacerdotes, los comerciantes y, en general, los terratenientes eran partidarios incondicionales de Pašić. No podía formarse ningún partido democrático a partir de las capas medias de la sociedad rural, desarticulada e ignorante. En cuanto a la burguesía, aquí, como en cualquier país atrasado, si es cierto que se ha desarrollado, no lo ha hecho orgánicamente ni sobre una base nacional, sino como agente del capital financiero europeo, que la nutrió en su propio interés.

A partir de ahí, el radicalismo democrático tomaría la forma del jacobinismo literario de Jaša Prodanović, cuya religión política, coronada por el *emblema* de la “justicia social”, no representaba intereses de clase bien definidos, sino vagos intereses interclasistas.

En 1910, como ministro de industria del gobierno de coalición, Prodanović impulsó una ley para la industria que en muchos aspectos podría considerarse la más progresista de Europa. “Considero la propiedad privada, no como una institución eterna, sino como una transición antes de las nuevas formas sociales”, se animó a decir una vez en el parlamento de este país rural y pequeñoburgués. A pesar de toda la simpatía que podamos sentir por las buenas intenciones del señor Prodanović, es imposible imaginar que sus políticas tengan futuro. Mientras tanto, el ala derecha de los Jóvenes Radicales, tomada como rehén por el capital financiero europeo en el curso de su penetración, abandonando las formas del radicalismo intransigente y aglutinando a los pequeños propietarios urbanos y rurales, se ha puesto al servicio político de los bancos. Milorad Drašković ha hecho su entrada en escena como portavoz de las finanzas pseudodemocráticas.

En Serbia, los bancos desempeñan un papel político no menos importante que el económico. En Belgrado, la competencia entre los bancos extranjeros es el aspecto financiero de la rivalidad entre las grandes potencias por la supremacía en el país. En política exterior, la contigüidad de un partido político serbio con una determinada potencia europea presupone un estrecho vínculo con los bancos de dicha potencia. En Serbia, el desarrollo capitalista aún no ha alcanzado la fase de acumulación primitiva, por lo que el capital nacional todavía tiene una forma mercantil y usurera.

Gracias a los tentáculos que sus numerosos bancos han extendido por todo el país, el capital financiero europeo ha entrado en una relación simbiótica con el capital usurero local. Aprovechando su posición en la economía serbia, se apodera de todo lo que cae en sus manos, incluso antes de haber trabajado seriamente en el desarrollo de la industria serbia.

Como intermediarios entre las bolsas europeas y este país rural, los bancos necesitan agentes locales, políticos y legisladores influyentes; estos llegan por el mismo canal a la jefatura de un ministerio o a la dirección de un banco. Todo esto concierne a los partidos de la coalición gubernamental, mientras que la derecha de los Jóvenes Radicales, cada vez más fuerte, se erige en defensora del sistema financiero. Se ha liberado suficientemente de los prejuicios pequeñoburgueses y de las tradiciones del romanticismo nacional para poder desempeñar este papel. Ha aprendido a evaluar los asuntos internacionales, las notas diplomáticas, la movilización, la paz y la guerra en términos de dinero y tipos de interés. “*Les affaires sont les affaires*”⁶.

Sin embargo, estos Jóvenes Radicales se vieron obligados a utilizar la jerga política de su país. No podían confiar a otros su deber de hablar en el parlamento y en las asambleas públicas porque, ellos mismos, eran demasiado pobres en recursos materiales y el país estaba demasiado falto de recursos intelectuales. Investidos del papel de negociadores políticos a favor de sus propios intereses empresariales, se ven obligados a exponer una vez más los sentimientos y el talante del romanticismo nacional con una grandilocuencia teñida de demagogia pragmática.

Mantuve una conversación con el señor Draković en una pequeña habitación contigua a la oficina del grupo de Jóvenes Radicales en el edificio Skuptina.

- Así pues, la guerra es inevitable. Cuál es el objetivo político de esta guerra: ¿la autonomía de las provincias cristianas de Turquía?

- No lo es. Una vez derramada la sangre, la autonomía no bastará para reparar el daño. El precio de la sangre será más alto. Pero no lo pedimos para nosotros, sino para nuestros hermanos cristianos de Turquía.

- ¿No le preocupa la hostilidad de las grandes potencias?

- ¿Dónde están esas grandes potencias? Aquí no vemos ninguna. Hace cinco siglos, cuando los turcos se acercaron a Constantinopla, el sultán Mehmed empezó a dudar. “Temes una alianza entre las potencias cristianas”, le dijo el Gran Visir, “pero tu temor es infundado. Lo único que les une es el odio mutuo y la envidia. Haz, pues, lo que haya que hacer, sin temor alguno”. Y así lo hizo el sultán. Hoy, quinientos años después, queremos hacer lo que hay que hacer, sin preocuparnos por las grandes potencias que, como en el pasado, sólo están unidas por el odio mutuo y la envidia. Nuestra principal tarea para el futuro es la victoria militar. Confiamos únicamente en Dios y en nosotros mismos.

- ¿Qué piensa de la política rusa en los Balcanes?

- La observamos con gran esperanza. A menudo se dice que hay dos Rusias: la del gobierno y la de la sociedad. En nuestra opinión, no hay dos Rusias, sino sólo la Rusia que nos ha apoyado y nos sigue apoyando.

- El ministro de finanzas me dio una opinión diferente. Dice que la política rusa en los Balcanes no difiere de la de las demás potencias europeas.

- No podemos pedir lo imposible. Nuestro pueblo cree en Rusia. Hay quienes afirman que sólo somos su campo de batalla. Pero eso no nos ofende en absoluto.

- ¿Quieres saber algo sobre nuestras finanzas? Tenemos plata, pero no sólo eso, también tenemos oro. Nuestra agio⁷ es inferior a la de Austria. No es sólo un alarde periodístico. Vaya a nuestros bancos y compruebe nuestras reservas de oro. Es más, nuestros soldados son campesinos. Su principal alimento es el pan y tenemos abundantes provisiones en todo el país.

- ¿No hay peligro de ruptura entre Serbia y Bulgaria?

- No lo creo, aunque la prensa austriaca insiste en que esa ruptura es inevitable. Nuestro debilitamiento sería una grave amenaza para Bulgaria. Ahora somos vecinos de Austria; si fuéramos absorbidos por Austria, Bulgaria también lo sería. Así que Bulgaria no puede querer eso. ¿Va a ir al lugar de las operaciones como corresponsal? Muy bien. Entonces nos veremos allí.

Me despedí del señor Draković, antiguo ministro de comercio en el efímero gobierno autónomo de los Jóvenes Radicales y ahora director de un conocido banco (de inversiones).

Seco, preciso y equilibrado, a pesar de sus emotivas alusiones a sus hermanos del otro lado de la frontera y al padre eterno, este líder de los Jóvenes Radicales me pareció mucho mayor que los Viejos Radicales cuyo lugar ha ocupado.

¹ *Zadruga*. Familia numerosa o extensa. Comunidad rural basada en la familia patriarcal y la propiedad indivisible de la tierra. La *zadruga* de los eslavos del sur era análoga a otras formas de comunidades rurales muy extendidas entre los eslavos orientales, como la más conocida *mir rusa*. Nota editor francés.

² *Svetozar Marković*. Uno de los más eminentes socialistas serbios, miembro de la [Primera Internacional](#). Tras estudiar en San Petersburgo y Zúrich, Marković regresó a Serbia en la década de 1960 y se unió a la sociedad literario-política Omladina. Esta sociedad, fundada en 1861 en Gross-Kikinda [Velika Kikinda] por serbios de Hungría y Croacia, se dividió rápidamente en dos alas: el ala moderada, que aspiraba a la “libertad y prosperidad de los serbios”, y el ala radical, que aspiraba al socialismo. Svetozar Marković lideraba el ala izquierda de la Omladina radical. Publicó el [Manifiesto Comunista](#) en su periódico *Radnik* [El Obrero] a partir de 1865. En 1871 se vio obligado a cerrar su periódico por haber expresado su apoyo a la [Comuna de París](#) y duros ataques al ministro serbio Ristić. En todas las cuestiones, salvo en las relativas

al problema eslavo, adoptó posiciones marxistas. En 1872 publicó el libro *Serbia en oriente*, en el que sostenía que el desarrollo de la zadruga podía conducir a la emancipación social de los eslavos del sur. En Kragujevac, Svetozar Marković consiguió crear un centro de actividad radical-socialista que, en poco tiempo, tuvo tal influencia de masas que se convirtió en objeto de persecución por parte del gobierno: los periódicos de Marković *Javosti* [Opinión Pública] y *Glas Javnosti* [Voz de la Opinión Pública] fueron clausurados, uno tras otro, y el propio Marković fue finalmente detenido y condenado a nueve meses de prisión. Su estancia en prisión empeoró definitivamente su salud. El 16 de noviembre de 1874, aquejado de tuberculosis intestinal, fue puesto en libertad. Se trasladó a Trieste, donde esperaba un cambio de clima. No pudo recuperarse y murió el 25 de febrero de 1875.

³ El *complot de 1903*. Los favores de que gozaba la familia Obrenović (en el poder ininterrumpidamente en Serbia desde 1858 hasta principios del siglo XX) comenzaron a declinar en los primeros años del nuevo siglo. La naciente burguesía nacionalista, que aspiraba a una política de conquista para ampliar tanto su territorio como el número de contribuyentes, exigió al rey que tomara medidas enérgicas y se mantuviera firme frente a la coalición imperialista. Pedir al último de la familia Obrenović, Alejandro, que hiciera todo esto era inútil. El descontento que surgió entre los oficiales se convirtió en una conspiración militar. La noche del 10 de junio de 1903, los conspiradores entraron en el Palacio Real, asesinaron al rey Alejandro y a su esposa Draga y arrojaron sus cuerpos por la ventana del palacio. La Skupština se reunió e inmediatamente proclamó rey a Pedro I Karageorgević, hijo del príncipe Alejandro, que ya había sido exiliado en 1858.

⁴ Referencia al conflicto entre España, Francia y Alemania por el control de Marruecos en la primera década del siglo XX. Nota editor francés.

⁵ *La anexión de Bosnia y la toma de Trípoli*. De acuerdo con el Tratado de Berlín de 1878, dos provincias turcas, Bosnia y Herzegovina, fueron asignadas a Austria-Hungría mientras permanecían bajo la soberanía del sultán. Austria vio en estas provincias un excelente trampolín para alcanzar el objetivo que más le interesaba: el acceso al mar Egeo. Todas sus negociaciones diplomáticas con las potencias implicadas, e incluso antes con Rusia, iban encaminadas a este objetivo, incluso en la época del Congreso de Berlín. Rusia, que soñaba con poseer las llaves de la casa, es decir, Constantinopla y los Estrechos, apoyó estos planes con el objetivo de concluir un acuerdo con Austria-Hungría. Poco antes de la anexión, la cuestión de Bosnia se expuso con determinación en el memorando secreto que el ministro de asuntos exteriores, Isvolsky, entregó al embajador austriaco el 19 de junio de 1908. En este memorándum, el gobierno zarista, a cambio del acuerdo tácito de Austria de no oponerse a la apertura de los estrechos a la flota militar rusa (primer paso hacia la toma del Bósforo y los Dardanelos), se declaraba dispuesto a reconocer los derechos de Austria-Hungría sobre Bosnia-Herzegovina. En la reunión entre los ministros de asuntos exteriores ruso y austriaco de los días 15 y 16 de septiembre de 1908, Isvolsky confirmó al barón Aehrenthal que “Rusia no irá a la guerra” por Bosnia. Así pues, una vez preparado el terreno y considerando que era el momento más propicio, dadas las dificultades internas en las que se debatía Turquía tras la revolución, el 5 de octubre de 1908 Austria, con los decretos imperiales emitidos por los ministros de asuntos exteriores y finanzas, proclamó la anexión de Bosnia-Herzegovina y, al mismo tiempo, la retirada de sus tropas del Sandjak de Novi Pazar (provincia que separaba Serbia de Montenegro y que tenía un importante valor estratégico). En virtud del Tratado de Berlín, Austria tenía derecho a estacionar allí sus tropas. La retirada de sus tropas del Sandjak y la simultánea declaración y proclamación de la independencia de Bulgaria, sin duda bajo influencia austriaca, tenían un doble propósito: por un lado, Austria quería suavizar la impresión negativa que la anexión podría haber causado en Europa, mientras que, por otro, quería asustar a Turquía (con la creación de una Bulgaria independiente) y aliviar el dolor de la anexión (retirando sus tropas del Sandjak). Sin embargo, la situación empeoró por la firme oposición de Serbia, que corría el peligro de quedar bajo el yugo económico de Austria con la anexión de Bosnia-Herzegovina. En consecuencia, presionado por los círculos dominantes rusos que, desconocedores de los secretos diplomáticos, se creían engañados por Austria, el gobierno zarista intentó protestar ante las grandes potencias contra la anexión y solicitó la convocatoria de una conferencia europea. Sin embargo, pronto quedó claro que tal conferencia no habría cuestionado el problema, sino que se habría limitado a constatar el hecho consumado. En cualquier caso, Rusia no podía contar con la apertura del estrecho debido a la oposición de las demás potencias, especialmente Inglaterra. Por otra parte, Austria decretó la movilización parcial y amenazó con la guerra si Serbia no renunciaba. El ultimátum presentado al gobierno zarista el 25 de marzo de 1909 por el embajador alemán en San Petersburgo, en el que el gobierno de Berlín exigía a Rusia el cese inmediato del conflicto con Austria y el reconocimiento de la anexión, fue decisivo. En cuanto a Turquía, intentó protestar boicoteando los productos austriacos, pero finalmente tuvo que resignarse a los hechos consumados y el 26 de febrero de 1909 firmó un acuerdo con Austria por el que se reconocía la anexión. Inmediatamente después, Turquía fue saqueada por otra potencia imperialista, Italia, cuyos objetivos colonialistas se dirigían a las posesiones turcas norteafricanas de Trípoli y Cirenaica. Una vez sometidas económicamente estas regiones, Italia empezó a insistir en su anexión total. En 1901 había obtenido el consentimiento de Francia

a cambio del reconocimiento de los derechos franceses sobre Túnez. El acuerdo tácito de anexionar Tripolitania a Italia estaba contenido en el acuerdo anglo-francés de 1904 y fue confirmado por la Conferencia de Argel de 1906. La revolución de los Jóvenes Turcos y el comienzo de la desintegración del imperio otomano permitieron a Italia poner en marcha sus planes. Italia llegó a un acuerdo definitivo con Rusia (el Acuerdo de Racconigi de 1909, que prometía una actitud benévola hacia los intereses italianos en Trípoli y Cirenaica a cambio de una actitud similar por parte de Italia hacia los intereses rusos en el estrecho) y se preparó para la acción militar. El 27 de septiembre de 1911, utilizando como pretexto los malos tratos infligidos a algunos súbditos italianos por las autoridades turcas y los obstáculos que éstas ponían a su comercio, el gobierno italiano pidió a la Puerta que autorizara la ocupación italiana de la Tripolitana. Ante la negativa, Italia declara la guerra el 29 de septiembre. A pesar de la feroz defensa de turcos y árabes, que obtuvieron una serie de victorias, la superioridad numérica de los italianos y, sobre todo, el apoyo de su flota, no dejaron lugar a dudas sobre el resultado de la guerra. El 12 de marzo de 1912, con la derrota de los turcos en la batalla de las *Doce Palmas*, la guerra en África llegó prácticamente a su fin. Para obligar a Turquía a firmar rápidamente el tratado de paz, la flota italiana llevó a cabo una serie de maniobras, presentándose frente a Beirut, intentando bloquear los Dardanelos y conquistando Rodas y las islas del Dodecaneso. Como resultado, ante la amenazadora situación que se desarrollaba en los Balcanes, los turcos se vieron obligados a rendirse y firmar el tratado de paz. El 15 de octubre se firmó en Lausana un acuerdo secreto italo-turco, según el cual, para preservar el prestigio del sultán, Turquía debía conceder espontáneamente la plena autonomía a Trípoli y Cirenaica, y sólo entonces el rey italiano podría declarar la anexión. Con el acuerdo de paz definitivo firmado el 18 de octubre [Tratado de Ouchy], las tropas turcas debían retirarse de África, mientras que los italianos debían devolver las islas que ocupaban (cosa que no hicieron) y asumir la parte tripolitana de la deuda estatal del imperio otomano.

⁶ “Los negocios son los negocios”, en francés en el texto. Nota editor francés.

⁷ Diferencia entre el tipo de cambio de dos monedas y su relación de cambio teórica basada en la paridad del oro. Nota editor francés.

Edicions Internacionals Sedov

Serie: Trotsky inédito en internet y en castellano



germinal_1917@yahoo.es